

23. A una casa de campo (elegía)

¡Oh tú, casa deshabitada
en el solemne verano de nuestro silencio!
¿No adviertes que el solaz ha quebrado sus alas,
y tus verbenas orlan inútilmente
5 las cintas verdes que nadie recorre?
Tu follaje ha crecido a su tiempo,
y la ligereza de las doradas mariposas,
el zureo de los palomos
y la ardiente cigarra del olivo,
10 dan el espacio frágil
donde la vida como otros años transcurre.
Ya penderán los racimos de tus traviesas
acumulando en sus granos un leve iris de polvo.
Ya tiempo hará que tus vibrantes chopos
15 la voz del agua entretienen en sus hojuelas

sobre la amarillenta calina,
y la soledad estará sentada en tu balcón agreste
viendo a las cabras de cuello gentil
ramonear las hierbas inmortales

20 en los débiles cerros.

Porque no habremos llegado como siempre
a tu venturoso solsticio,
ni los perros del huerto

nos recibirán saltando bajo los perfumados nogales.

25 ¡Ay casa de las viñas colgantes desde los bancalesillos,
rumorosa de fuentes,

casa guardada en estuche de yedras!

Cuando el trepidante camión resonó en tus cercos,
y viste bajar a los desaliñados jóvenes

30 que entre los rayos de sol estival,
parecían los exterminadores de tu siesta fantástica
surgidos al conjuro de un huracán interno.

El tiempo que fluía superfluamente
como en el desarrollo de una flor,

35 ¿ha podido barrenarse sin estrépito

y una sima intransitable separarnos desde hace breves
horas?

¡Oh desgarradura que ni se oye ni se ve!

¿Sobre qué cataclismos

y en qué frágiles andas navegaba la vida,

40 si las ineptas carabinas de esos muchachos

han disipado como el humo

un palpitante juego?

No más, imposible morada de la sierra,

que si en los días venideros repentinos me asaltas

45 y mi sombra sobre los frescos hongos

vaga en su sien prendida una umbela silvestre,

y en los oídos petrificados de las ninfas

deja un susurro de cuerpo de árbol,

un fugaz estremecimiento de intruso,

50 el mundo no detendrá por ello su destino inaplazable
cuando los pies del hombre se han llenado de tierra nueva
va

y trasladan su corazón sin nostalgia
allí donde tú, casa deshabitada,
no eres nadie.

Juan Gil-Albert

LITERATURA Y GUERRA CIVIL



ENRIQUE ORTIZ AGUIRRE

Golpe a verso:

antología poética
de la Guerra Civil

Guillermo
Escolar